

CAPITULO I

LAS COSAS COMIENZAN DE ALGUNA MANERA

ErEran las tres de la tarde del 30 de enero de 1949, cuando Salom, viejo y simpático camarada nuestro, llegó a visitarnos. Yo y mi hermano Néstor lo saludamos como de costumbre y nos sentamos al borde de la cama dispuestos a escuchar las impresiones que nos traía. Salom es de los que poco se hacen esperar. Sonriente y satisfecho comenzó por informarnos que los exámenes en las Universidades de Tucumán y Córdoba se iniciarían recién a mediados del mes de marzo; datos sumamente interesantes por cuanto, en esa época, nos habíamos iniciado como alumnos libres en la Facultad de Derecho. Enseguida, Salom cambió de tono, se puso de pie, y dándole un valor solemne a sus palabras se dirigió así a nosotros que, en ese momento, éramos toda atención. “Bueno, ahora viene algo grande, te voy a hacer una proposición macanuda”. Rápidamente pensé que se trataría de algo importante y no me equivoqué. Sacó un mapa de la provincia de Salta, lo extendió lentamente sobre la mesa, casi acariciándolo y señalando un lugar indico: “Este es el cerro Crestón. Te propongo hagamos una expedición hasta ese cerro, será algo tremendo e inolvidable, viviremos emociones todavía desconocidas y nuestros viejos sueños estarán cumplidos. ¿Qué te parece?”, inquirió. ¡No pudiste tener una idea mejor!, le respondí. ¡Vamos al Crestón!, y nos dimos un fuerte apretón de manos. Salom, atuzándose los bigotes, restregándose las manos como quien ha tenido un gran éxito, comenzó a plegar el mapa roto, con más celo que antes, a la vez que repetía en voz alta. . . “Un mapa es un tesoro. Cómo me gustan los mapas. Fíjate que éste estuvo a punto de ir a parar a la basura”, y nos contó cómo lo había salvado.

El resto de la tarde me pasé pensando que el compromiso que habíamos sellado tan rápidamente era una empresa difícil. Pensamientos que me acompañaron todavía aquella noche y algunos días más, sin imaginar siquiera que un viaje había de convertirse en tantos otros, hasta llevarnos a conocer casi toda la cordillera argentina y a vivir las aventuras más inverosímiles.

Salom era más intelectual que deportista; ¿qué lo había determinado a arros-trar empresa de tal naturaleza?

Creo que conozco las razones: Después de terminar sus estudios en la Escuela Normal, logró una suplencia como maestro en la Escuela Nacional N° 127 de Metán. Allí conoció a un español avezado cazador, quien llenaba sus momentos de descanso con los interesantes relatos de sus cacerías en las sierras cubiertas de montes del Crestón. Allí había chanchos salvajes, habi-taban también el león y el ciervo. Un día, siendo ya amigos, llevó al maestro hasta su casa y, orgulloso, le mostró las piezas que había cobrado en sus emocionantes correrías y que, a manera de trofeos, las tenía bien conserva-das en su cabaña de cazador.

El Crestón es un cerro que llama la atención por su curioso aspecto. El via-jero que atraviesa las llanuras del este o del oeste, siempre tiene a su vista las atrevidas formas de su cumbre de tres picos, a veces cubiertas por las nubes y otras coronadas con ellas como la cabeza de un rey.

El maestro aprovechó muy bien su estadía en Metán. Con ahínco averiguó cuanto pudo del mencionado cerro.

“Cerca de la cumbre hay una laguna”, decían los pobladores del lugar; pero lo cierto es que ninguno de ellos la había visto. Los más viejos aseguraban la existencia de un antiguo camino que unía los valles de Metán con los de Guachipas. Muchos se atribuyeron su escalamiento, pero más eran los que lo habían rodeado de la leyenda de la invencibilidad. “Cuando se pretende subirlo, afirmaban, el cerro se enoja, enseguida se nubla y comienza a correr un viento fuerte que lo despeña”.

Como es fácil de imaginar, con estos y otros datos no menos interesantes, el maestro de la escolita estaba deslumbrado. Inclusive, se puso a pensar que las destacadas formas del Crestón no debieron pasar desapercibidas por las primitivas tribus que habitaron la región, que debió significar algo para ellos puesto que convertían en sus deidades a las formas más sobresalientes de la naturaleza. Arriba podría haber un santuario para adorar al dios Sol, un antical o algún resto del admirable imperio de los Incas.

Arriba debía haber algo, se dijo, y se quedó en ese pensamiento. Terminadas las clases regresó a Salta, en donde sin lugar a dudas, siguió madurando su plan, y cuando todo estuvo decidido vino hasta nosotros para hacernos la propuesta de la expedición que ustedes ya conocen.

A LA CAZA DE DATOS

Así las cosas no perdimos un instante. Al día siguiente, 31 de enero de 1949, fuimos a las oficinas de Catastro y a la Dirección de Inmuebles de la Provincia. Allí conseguimos mapas de la región y una lista de nombres de los propietarios de las fincas circundantes al Crestón. A pesar de nuestra poca experiencia pudimos intuir que las tareas del acercamiento jugaban un papel sumamente importante.

De acuerdo a las “cartas”, el Crestón está situado a 70 kilómetros al sud de nuestra ciudad. Con sus 3.370 metros es el pico culminante de la cadena conocida con el nombre de Sierra de los Guanacos. Como está rodeado de bosques, estos se trepan por sus faldas y por sus quebradas hasta gran altura. Solamente los últimos cuatrocientos metros ofrecen la desnudez y las asperezas de las montañas nuevas.

Esa tarde nos reunimos en la casa de Salom. Él, por conocerlo nos lo dibujó en el pizarrón que tenía en su pieza. Mientras nos explicaba detalles de la montaña, yo y mi amigo Ramón Cortés que esa tarde había concurrido a enterarse de la buena nueva, contagiados por el entusiasmo del relator, nos dejábamos llevar por las imaginarias pendientes del cerro misterioso.

Ya más animados entramos a charlar sobre expediciones llevadas a cabo por alpinistas famosos. Hablamos de las expediciones al Monte Everest; de las ascensiones al Aconcagua y al Chañi y, por último, entramos a filosofar sobre esa fuerza incontenible que impele a los hombres a arrostrar la vida; a abandonar la seguridad y la familia para ir en busca de todos los peligros.

HAY QUE PREPARAR UN PLAN

No teníamos la menor experiencia en lo que se refiere al andinismo pero algo nos decía que las cosas nos iban a salir bien.

En primer lugar fijamos la fecha de la expedición para el mes de septiembre, lo que daba tiempo para lograr una buena preparación. Al trazar los planes de trabajo anotamos como fundamentales los siguientes puntos:

- A) Debíamos lograr una buena preparación física con ascensiones preliminares y ejercicios respiratorios adecuados;
- B) Ilustrarnos en lo referente al régimen de vida y alimentación en las diferentes alturas;
- C) Munirnos del equipo personal y de campaña, indispensables para este tipo de empresa;

D) Someternos a un severo entrenamiento de tiro al blanco, porque así lo aconsejaban las circunstancias. Entre los datos toponímicos de la zona encontramos nombres como éstos: “Alto de los leones”, “Morro de los leones”, “Arroyo de los leones”, lo que indicaba a las claras la existencia de estos animales en la región.

EL ENTUSIASMO AUMENTA

En los días subsiguientes nos pusimos en contacto con una serie de instituciones. Dirigimos una nota a la Dirección del Instituto Geográfico Militar Argentino con el objeto de obtener un plano más completo de la zona; otra al padre franciscano Oliviero Pellicelli, reciente ascensionista del Chañi, a fin de obtener información para enriquecer nuestros limitados conocimientos andinísticos y, finalmente, una nota al Instituto Nacional de Ofidio Terapia, solicitando ampollas anti-ofídicas para posibles mordeduras de serpientes. También visitamos la Inspección Seccional de Escuelas Láinez; allí consultamos el mapa de ubicación de escuelas, comprobando que la más cercana a nuestro objetivo era la Nº 168 de La Bodeguita, separada por cuarenta kilómetros de sierras completamente quebradas, cubiertas de montes.

También llegó a nuestro conocimiento que, en las localidades de Perchel y Molinos se cazaban jaguares. Pero lo que más nos satisfizo fue saber que en las Sierras de los Guanacos llueve torrencialmente; descargándose las nubes, con preferencia, en la falta este del Crestón.

Lo confieso, lleno de admiración, jamás imaginamos que para escalar una montaña se tuviera que hacer acopio de tan rico como abundante material. Y es fuerza reconocer que, el mes de febrero fue para nosotros un mes de vida intensa; la posesión de estos y otros datos no sólo sirvieron para hacer crecer la llama del entusiasmo, sino que venían a ampliar el campo de nuestras posibilidades.

NOS VAMOS AL JURAMENTO

Quien ha vivido en una provincia como la nuestra, que tiene todos los climas; donde cada lugar y cada zona configuran un paisaje diferente, es indudable que alguna vez se haya sentido atraído por las excursiones...

Los valles intermontanos de la pre-cordillera, los desiertos puneños, los nevados inalcanzables, las tierras bajas del Chaco donde el llanero corre libremente, el medio día feliz, el norte boscoso donde todavía vive el indio

a orillas de los grandes ríos, son motivos permanentes que acicatean el espíritu de los salteños.

Nosotros ya habíamos realizado muchas excursiones, pero ninguna con propósitos determinados. Esta era una excursión de "entrenamiento". Elegimos para ello la zona de "Miraflores" ciento veinte kilómetros al sudeste de nuestra ciudad. No era, por cierto, el lugar más indicado; pero la elección fue unánime, nos devoraba el deseo de ver al Crestón aunque fuera desde lejos.

Estuvimos en Miraflores los días 5 y 6 de febrero. Después de un mes y medio de lluvias había agua por todas partes, la región lucía en plenitud todo el vigor del bosque subtropical. Los arbustos, desmesuradamente crecidos, habían cerrado todas las sendas y, junto al olor de la tierra, se percibían los aromas más extraños, propios de estos bosques compuestos por numerosas variedades florísticas.

El río Juramento estaba crecido. Sus aguas de un chocolate casi rojizo corrían desbocadas, estrellándose en los altos barrancos rocosos donde asomaba el monte. No había más de 100 metros de orilla a orilla; pero esa masa pardusca metía miedo, bramaba y resoplaba con las voces del trueno.

Desde un viejo puente de madera, que temblaba más que nosotros, lo contemplamos largo rato sin pronunciar palabra. Quien fuera presa de esas aguas no tenía salvación. Imposible nadar, olas de dos metros lanzadas a toda carrera iban a morir sobre enormes borbollones que se revolvían como el agua hirviendo. Remolinos vastísimos se tragaban las ramas y los árboles para luego devolverlos a la enloquecida corriente que los arrastraba como si fueran plumas.

Los montes, los cerros, toda la región se habían vestido de gala; las lagunas que se habían formado por las lluvias, cual inmensos espejos, resaltaban en el verde intenso de los vegetales. Bajo un sol bochornoso mezclábanse plagas de mariposas blancas con langostas saltonas. El zumbido de nubes de zancudos, el triste canto de las palomas y el monótono llamado de los coyuyos ponían en el aire la sensación de la vida fugitiva.

El verano es así. Todo el este de las Sierras Sub-Andinas está sometido al mayor régimen de lluvias; ellas decrecen en la pre-cordillera y casi desaparecen en las altiplanicies puneñas, donde se manifiestan en caídas de grani-zo y nieve.

Durante los meses de febrero y marzo realizamos otras excursiones, pero esta vez a las sierras que bordean por el oeste el Valle de Lerma. Los cerros San Lorenzo, Lesser y Yacones recibieron con preferencia nuestras visitas.

Por tratarse de las primeras estribaciones precordilleranas, desempeñan el papel de barreras de contención, donde se depositan las nubes cargadas de humedad que vienen del este. Aún en los días de sol radiante, el cielo se cierra momentáneamente y comienza a caer la lluvia, blanda, persistente.

Es interesante agregar que, este fenómeno de la llovizna se repite en todo el frente oeste del Valle de Lerma; desde las sierras de La Candelaria y Chicoana al sur, hasta las de La Caldera al norte. Pasando progresivamente por Los Laureles, Pulares, Corralito, Cámara, Río Blanco, Usuri, Alto de las Lagunillas, San Lorenzo, Castellanos, Lesser, La Caldera. En una extensión aproximada de 70 kilómetros, se desprende suavemente, hora en un punto, hora en otro; a veces en casi todo el frente. Las nubes en constante desplazamiento, se levantan arremolinadas desde las quebradas favoreciendo a las pequeñas y pintorescas poblaciones que se alinean al pie de las mencionadas sierras. Se extienden sobre las húmedas mesetas, ocultándolas, y en pocos segundos se abren, dejando pasar los rayos solares que se tienden sobre el verde amarillento de las gramíneas.

Otra de las características de esta franja pluviométrica es la profusión vegetal. En las partes bajas predominan los helechos, el aliso, nogales, laureles y guayacanes; en los lomos, mesadas o mesas: la menta, el poleo, las malvas, el anís y, en los roqueríos, toda especie de cactus que para esta época lucen el regalo de sus pasacanas (1). En cada quebrada hay un arroyo, en cada caída una fuente que baja luciendo en espuma, azul o esmeralda en cada salto.

La falta de caminos está privando a los salteños del supremo goce del paisaje, si no virgen, retocado con todos los colores que ha puesto en su regazo la madre naturaleza.

Transitando en estos lugares obtuvimos algunas experiencias sobre marcha y orientación. Por ejemplo, aprendimos lo inútil que resulta la penetración por las quebradas estrechas, arboladas y húmedas. Casi siempre terminan por encajonarse, debiéndose retroceder para tomar los filos o lomos, caminos naturales que llevan a la cima.

Aunque los cerros mencionados no pasan de los 2.500 m., resulta dificultoso orientarse por la presencia de espesa neblina. En la parte alta la encontramos en forma casi permanente, sobre todo a partir de las 15 horas. Durante el trayecto se tiene un panorama restringido. Allí es donde se aprende a fijar los puntos de referencia: pisadas, un árbol, un grupo de árboles, etc. El instinto de orientación va desarrollándose y robusteciéndose con nuevos ele-

(1) Frutos de las cactáceas.

mentos.

Pronto pasó el verano y el otoño nos encontró entregados de lleno a los preparativos. Cada vez que nuestras ocupaciones nos lo permitían salíamos al campo; especialmente en los días feriados o de vacaciones.

Volvimos nuestros pasos por los mismos caminos, recorrimos los mismos senderos. Las nubes se habían retirado de los cerros y la vista podía seguir, sin obstáculos, sus contornos pardos, grises, azulados. Los arroyos habían perdido su turbulencia y ahora eran serenos cursos de agua transparente... Podíamos decir que, la paz reinaba bajo el cielo gris, desparramándose en la quietud de las gramíneas; en los senderos tortuosos; en las majadas inmóviles que salpican las lomas, en el silbido largo de los campesinos.

Durante ese otoño y parte del invierno llegamos hasta las cimas de otros cerros: Cámara, Alto de las Lagunillas, La Toma y el Lesser. Estos no pasan de los 2.600 m. pero en esas andanzas recogimos valiosas experiencias. Aprendimos a cabalgar en mulares; a instalar un campamento; a distribuir el peso en las mochilas; a orientarnos por puntos de referencia; a interpretar un plano de la zona, en fin, nos familiarizamos con los menesteres propios de la vida al aire libre.

Cuando terminó el invierno ya habían transcurrido siete meses desde que diéramos los primeros pasos. Era tiempo suficiente para poner fin a los preparativos. De manera que al entrar la primavera consideramos que había llegado el momento de tomar las últimas providencias para el viaje.

De común acuerdo nos reunimos en la casa de Salom. Fue en la noche del 27 de septiembre.

La fecha de partida quedó fijada para el día 14 de octubre. Cortés, García, Salom, Bravo y el que escribe, serían en definitiva los integrantes de la expedición. El intento lo realizaríamos por el oeste, eligiéndose "La Bodega" como la base central de operaciones.

La elección de la ruta por el oeste lógicamente fue discutida, pero se impuso por reunir los mejores elementos de juicio. En las faldas del Este llueve torrencialmente durante todo el verano, de manera que las aguas van alisando la Peña y haciéndola cada vez más difícil; en cambio el Oeste es más seco y menos escarpado. Si bien estas observaciones podían variar sobre el terreno, nos atuvimos a ellas por considerarlas de un valor efectivo.

LA EXPEDICION AL CRESTON

El día de la partida llegó, inexorable, como llegan todos esos días que espe-

ramos con especial ansiedad.

Nerviosos acomodamos los últimos bultos en el jeep que nos había cedido la Dirección de Arquitectura de la Provincia y partimos; pero solamente tres de los miembros de la expedición, dos habían desertado en última instancia. Amanecía ya cuando pasamos por la localidad de Las Moras. Sin dudas estábamos viajando muy rápido, pareciera que tuviésemos prisa por acercarnos lo antes posible al objetivo. La luz inundó de pleno el Valle de Lerma, verde, fértil, luminoso. Hacia el oeste se extendía hasta chocar con las montañas azules de la precordillera y, hacia el este hasta lamer las faldas marrones de las sierras sub-andinas. La mañana era hermosa; el aire fresco nos daba de frente, en los corazones había optimismo, en los ojos de todos brillaba la alegría; el momento de la prueba había llegado, la aventura soñada estaba en plena vía de realización.

A las 7 de la mañana entramos en Coronel Moldes, completando con ello 70 kilómetros de viaje hacia el sud; ahora nos quedaba recorrer 35 hacia el este. Nos adentramos por un camino de tierra suelta. En los primeros tramos nos deleitamos a la vista de las grandes hojas que despliegan las plantaciones de tabaco, hojas enormes y brillantes, emborrachadas de luz y de lozanía. Pero, más adelante, esta ruta se tornó descolorida y polvorienta, bordeada por un monte bajo, seco y espinudo que se prolonga hasta las orillas del río Guachipas. Este famoso río no tiene más de 300 metros de orilla a orilla. Es un displayado perfecto, surcado por más de media docena de corrientes de agua que no pasan de los 20 a 30 centímetros de profundidad. El resto son franjas o planchas de arena de las más diversas tonalidades de acuerdo a la roca de la que provienen. Mirándolo desde la orilla parece una playa inofensiva, todavía embellecida por las cintas brillantes de sus aguas que reverberan al sol. Pero es bien conocido el peligro que representa para quienes lo cruzan descuidadamente. Esas planchas inofensivas son delgadas capas solidificadas que no aguantan mucho peso. El vehículo que se detiene durante el cruce, más de lo prudencial, corre el riesgo de hundirse como pasó en diversas oportunidades. Lo aconsejable es alivianar en lo posible la carga y efectuar el cruce siguiendo la dirección de los jalones plantados por los prácticos que frecuentan el lugar.

Pero el río Guachipas es siempre un espectáculo fresco y alentador. Uno de los tantos cuadros, inolvidables, con los que habíamos de encontrarnos en nuestro desconocido itinerario.

Saliendo del río, el camino continúa siguiendo la dirección de las aguas. Pronto arribamos a La Junta. ¡Otro espectáculo inusitado! En un gran des-

playado de casi un kilómetro se unen los ríos Guachipas y Arias. El primero viene desde el sud y el segundo baja desde el norte. Ambos están a 250 kilómetros de sus nacientes; pero ese abrazo da lugar al nacimiento de otro gran río conocido en la geografía con el nombre de Juramento. Como nos vamos acercando a Las Peñas Blancas, sierra que el río debe atravesar, este comienza a estrechar su curso entre las rocas y, el camino se va transformando en ruta de cornisa. No es una cornisa muy alta pero ella nos permite ir contemplando todos los accidentes de esta magnífica vía de agua. “¡Allí está la Garganta del Diablo!”, nos señala el chofer, es impresionante; el río corre encajonado y turbulento entre altas y alisadas paredes, trepa enormes pedrones y cae formando remolinos vastísimos; el agua desaparece en cavernas desconocidas y surge en rugientes borbollones que chocan y se precipitan en alocada carrera. Más allá está El Angosto o Presidio. Desde una cornisa de treinta metros observamos al fondo la franja sinuosa y espumante del río, que se abre paso a través de las Peñas Blancas cuyas paredes se elevan hasta los 200 metros de altura.

Al otro lado de las Peñas Blancas el río se expande a sus anchas. Su cauce principal se recuesta sobre los contrafuertes de la izquierda, mientras que por la derecha la playa se extiende suavemente hasta llegar a los pies del monte. Un monte bajo, cerrado, espeso, compuesto de garabatos, chaguar, churquis, cactus y todo un conjunto de árboles y arbustos espinosos, donde tan sólo viven las víboras, leones, gatos y chanchos salvajes. Esta masa densa se extiende por muchos kilómetros hacia el sud y hacia el este, y, en gradaciones sucesivas, va trepando hasta rematar en las Peñas Azules, última barrera que el Juramento debe trasponer antes de echarse definitivamente en la llanura chaquense.

No sé qué raros fenómenos obrarán en manos de la naturaleza para hacer de esas montañas adustas, un cuadro lleno de vida y color; pero sí puedo asegurar que todos los nombres de la región: Peñas Blancas, Campo Amarillo, Las Pirámides, El Displayado, Peñas Azules, Lomas Coloradas, son nombres que se desprenden de la misma fisonomía del terreno.

A la altura del río Tunal, uno de sus afluentes, abandonamos el Juramento y tomamos franca dirección sud. El camino en partes es malísimo, la abundancia de tierra y arena hacen bailar al vehículo a pesar de su doble tracción. A las 9 de la mañana por fin tenemos a la vista la finca que será nuestra base de operaciones. No está a más de cuatro kilómetros pero se divisa nítidamente su blanca estructura. Está en el centro del valle, a su derecha las Lomas Coloradas y al nacimiento cierra el horizonte el cordón de los Guanacos

con su pico culminante el Crestón. Su sola presencia nos hace acelerar el pulso; pero no le tenemos miedo, hemos venido con el firme propósito de llegar hasta su cima.

Nuestro arribo a La Bodega se produce a las 9,10 horas. El administrador de la finca don César Bridoux nos recibe y nos atiende con toda cordialidad poniendo a nuestro servicio todo lo que está a su alcance.

La sala o casa donde habita el administrador es como todas las salas de campo, grande, con muchas habitaciones, con un gran patio central y rodeada de galerías a los cuatro costados, a las que se llega por amplias escalinatas.

Está instalada en un altozano desde donde se domina buena parte de los valles circundantes. A sus alrededores están los ranchos de los campesinos y, más allá, los sembrados y los corrales donde hay una apreciable cantidad de caballos y vacunos.

El señor administrador nos explica que la principal actividad de la zona es la ganadería, sin dejar de considerar las plantaciones de ají, pimentón y tabaco. La finca es bastante grande, abarca al norte hasta el río Juramento y al este hasta las sierras de Los Guanacos. Más de dos mil cabezas de vacunos están distribuidos en los diferentes “puestos” (1) con que cuenta la propiedad.

Esa noche dormimos en una de las galerías, de manera que no bien comenzaron a esbozarse las primeras luces del día ya estuvimos de pie. Lo primero que hicimos fue escrutar el horizonte hacia donde teníamos que partir. Un monte espeso y descolorido se extendía delante de nosotros; iba trepando paulatinamente por un terreno accidentado hasta chocar en la primera barrera, un cerro bastante alto y alargado sin pasos visibles. Detrás de él, seguramente, debía haber un valle alto, porque enseguida se levantaban otros cerros de lomos redondeados, que en etapas sucesivas iban encaramándose hasta alcanzar aproximadamente los 2.500 metros. Más allá y detrás de ellos se erguían, como dedos, las crestas desnudas y grisáceas de la cumbre del Crestón. Estimamos en 30 kilómetros la distancia que nos separaba del objetivo.

En una mulita vieja acomodamos nuestros escasos enseres, nos despedimos del señor Bridoux y partimos ante la mirada curiosa de los moradores de la finca.

¿Qué pensarían de nosotros? No éramos geólogos, no éramos fotógrafos, no

(1) “Puesto”: una de las secciones en que se divide una gran propiedad rural (llamada aquí “estancia o finca”).

habíamos venido a realizar un levantamiento topográfico, no éramos ni siquiera mineros o turistas. Nosotros habíamos venido únicamente a subir la montaña y eso no tenía sentido para ellos. Recuérdese que el andinismo era todavía desconocido en la provincia, de manera que cuando nos vieron alejar chapoteando – diríamos - en el tierral y seguidos por los perros, seguramente estarían pensando que estábamos locos. Y, como si eso fuera poco, un toro negro y ceñudo salido del matorral, no nos sacaba la vista de encima como desaprobándonos; una vaca criolla que pastaba a la vera, mientras rumia que te rumia, tampoco dejó de mostrarnos su indiferencia y su desdén claramente pintados en los movimientos de su deformado hocico, y, para colmo, un caballo flaco que había afirmado su cogote en el alambrado con su cara larga y ojos desmesuradamente abiertos, nos miraba con sorpresa, como diciendo. . . ¿y estos? Estimados amigos, esta fue la despedida que recibimos al alejarnos de la finca El Crestón.

En contados minutos llegamos al río Tunal; allí nos abandonaron los perros y nos quedamos solos frente al monte.

De acuerdo a las indicaciones debíamos seguir siempre las sendas más marcadas y recorrer aproximadamente unos 17 kilómetros, para alcanzar el puesto más alejado de la finca, denominado “Puesto del Alto”. De allí en adelante nadie sabía nada, ningún hombre de La Bodega fue capaz de darnos un dato convincente para abrirnos paso más allá del Puesto del Alto, inclusive otros puesteros, cazadores de chanchos o de cóndores que habían incursionado en la zona.

Decididamente, tomamos una senda muy marcada, la que nos llevó hasta un arroyo. Remontarlo fue una delicia, pero como toda delicia, ésta no duró mucho. Pronto nos dimos cuenta que habíamos errado el rumbo. En lugar de marchar hacia el nor-este siguiendo el punto de referencia que nos habían fijado, un abra visible desde cualquier punto; el arroyo nos estaba llevando por mal rumbo.

De inmediato cambiamos de dirección introduciéndonos en una senda de la izquierda; pero tampoco conservaba su punto cardinal, se abría en otras sendas que pronto iban a cerrarse en el monte impenetrable. Muchas veces nos perdimos en esta maraña de caminos hasta que aprendimos una lección que había de servirnos para toda la vida. “La senda transitible a través del monte, no solo es la más marcada o huellada, sino la más despejada. El hombre que marcha a pie siempre va podando las ramas con su machete; y el que viaja en mula hace lo propio con las ramas más altas que le estorban el paso”. De manera que en adelante ya no nos fue difícil seguir una senda.

El día era caluroso. El aplastante sol de octubre había recalentado la arena del piso, aumentando los rigores de la canícula. Atravesamos una zona de un polvo espeso y blanco, suave como el “puloil”, y también una serie de medanos de arena rojiza. En una palabra, ocupamos toda la mañana para trasponer las sierras montosas del bajo, cruzadas por una infinidad de cañadas secas que desaguan en el valle en épocas de lluvias.

A medio día nos encontramos con un curso de agua. Corría casi oculto al fondo de una quebrada. De acuerdo a las indicaciones del mapa estábamos en presencia del arroyo Morales. Como la senda no salía hacia ninguno de sus costados decidimos remontarlo. Fácil era notar que en este sitio la humedad había favorecido el desarrollo de las plantas; enormes árboles casi juntaban sus copas en lo alto. Una corzuela curiosa se detuvo un momento a contemplarnos hasta que huyó asustada y seguramente que las charatas nos habían oído porque alborotaban de árbol en árbol sin que pudiéramos verlas.

Después de recorrer unos cientos de metros por el arroyo, nos encontramos con dos quebradas bastante amplias que parecían ser el paso que buscábamos. En ambas estaba marcada la senda. Penetramos por la primera pero al cabo de una hora se nos cerró definitivamente. Habíamos equivocado el camino. Cansados, regresamos al punto de partida y penetramos por la segunda.

Era mucho más angosta y de paredes empinadas; pero todos los detalles nos indicaban que estábamos en el “Filo del Asesino”, angosto desfiladero que nos permitiría trasponer la primera barrera de los cerros.

Estoy seguro que, como nosotros, ustedes se habrán preguntado por el origen del llamativo nombre del paso “Filo del Asesino”... Cuentan los lugareños que un toro bravo se había adueñado del paso, y en un momento dado atacó a un desprevenido puestero y cabalgadura hiriéndolos de gravedad. Tal suceso determinó el nombre con que ahora se lo conoce.

Casi a la terminación del desfiladero se desprende un nuevo ramal a la derecha, muy marcado; pero la senda que sigue por el desfiladero también es huellada. ¿Cuál es el camino? Exploramos. La senda del desfiladero pronto comienza a bajar hacia el profundo valle de El Típal. La desechamos y tomamos la del sud que comienza a trepar en largos zig - zag, unos cerros pedregosos cubiertos de un monte bajo, duro, espinudo. La vieja mulita que llevamos casi no pude andar con la carga, nos vamos turnando en tirarla de las riendas hasta que quedamos agotados. El sol es abrasador, solamente uno que otro arbusto nos ofrece un poquito de sombra. Los descansos se fueron

haciendo cada vez más frecuentes hasta que Salom manifiesta que no puede seguir más, se siente enfermo. Los síntomas son de semi-insolación: rostro arrebolado, la boca seca, respiración dificultosa y dolor de cabeza. Lo recostamos a la mezquina sombra de un cardón, lo aligeramos de ropas, le hacemos beber nuestras últimas raciones de agua y con el resto le aplicamos dos pañuelos mojados a la cabeza. No menos afectados nos recostamos junto a él y así permanecemos como dos horas, inmóviles, quietos, como muertos. Quizá eso atrajo la atención de unos cóndores. Comenzaron a evolucionar encima de nosotros y pronto fueron aumentando de número. Primero se limitaron a girar y mirarnos desde cierta altura, pero luego sus pasadas se hicieran tan bajas y tan veloces que terminaron por alarmarnos.

Nerviosos desenfundamos nuestros revólveres y les hicimos varios disparos, lo que tuvo la virtud de alejarlos en desbandada completa.

Caía la tarde, apremiados por esa circunstancia García decidió continuar solo para tratar de encontrar el “puesto”. Recién una hora después lo seguimos, el fresco del atardecer nos había recobrado casi totalmente. Al llegar a un borde rocoso vimos con alegría que al otro lado se extendía una meseta de no más de un kilómetro y, al fondo, al pie de las segundas estribaciones, blanqueaba un ranchito que seguramente sería el “puesto” y apretamos la marcha.

Cuando llegamos salió a recibirnos nuestro compañero García y el puestero don Félix Liendro. Aquél ya le había enseñado nuestros nombres, por lo que reía y actuaba como si fuera un viejo amigo nuestro. Estaba vestido con chaqueta y bombachas chaqueñas, y tenía puesto un gran sombrero “alenta” como dicen los gauchos del este. El hombre era delgado pero fibroso. Es que el caballo, el lazo y el hacha hacen de estos humanos un poderoso manoj de músculos. En su rostro fuertemente tostado por el sol brillaban unos ojos negros, y en su boca pequeña jugaba una sonrisa amplia que dejaba ver un diente roto entre las demás piezas blancas y fuertes.

Al lado del ranchito crecía un pequeñísimo charcal y contra el cerro nacía un hilo de agua que iba a morir en un pedregal cercano.

Ahora, permítame el lector transcribir algunos de los párrafos que escribiera en aquella oportunidad con motivo de nuestra llegada al puesto: “Cuánta alegría la de llegar, extender el paño de la carpa, poner de almohada la mochila, recostarse cómodamente, plácidamente, bajo la sombra bienhechora de un árbol, recibir de lleno el fresco soplo de una brisa perfumada con todos los aromas escondidos de la montaña, oír el incesante bullicio de los loros y sentir la picazón agradable de las garrapatas y polvorines”.

Allí pasamos una noche magnífica, observando el recorrido de la luna a través de las hojas de un hermoso ejemplar de sombra de toro, llamado también “lanza”, por la forma de sus hojas, escuchando las fantasías que solamente un solitario como don Félix Liendro podía contar con tanto realismo. En las primeras horas del lunes 16 reiniciamos la marcha, pero esta vez sin la vieja mulita que tanto nos había hecho padecer. Mochilas al hombro comenzamos a trepar por el filo del primer contrafuerte que bajaba de la izquierda. Las etapas se hicieron agotadoras, cuestras y más cuestras, enormes faldeos; siempre en busca de las partes más altas para lograr una buena orientación. Después de seis horas de movernos bajo un sol implacable desembocamos en una pequeña meseta. Para nuestra sorpresa era verde y había agua. Era uno de esos descansos salvadores que hay en la montaña. “Agua Verde” le llaman, muy bien puesto el nombre por los lugareños. De entre las peñas surgía un chorro de agua que luego se escurría en medio de un fangal bordeado por un pasto corto y profundamente verde. No había la menor duda que este manchón húmedo y vívido era el causante de tan acertada denominación.

En nuestros jarros recogimos un poco de agua, la colamos en un pañuelo y le agregamos unas gotas de limón para purificarla.

El descanso fue breve. Las alturas que nos rodeaban no pasaban de los 400 metros; pero nosotros teníamos prisa por saber la ubicación de nuestro objetivo, y para ello, era indispensable salir al borde de la meseta. En dos horas lo logramos y, como lo habíamos imaginado, las rocas desnudas del Crestón no estaban a más de un kilómetro de distancia.

Para llegar al pie tuvimos que descender y pasar al otro lado por una especie de puente formado en la unión de dos quebradas altas.

Desde la sombra de una roca nos pusimos a contemplarlo. Su frente estaba surcado de profundos canales o grietas y sus pendientes eran bastante pronunciadas. La hora, 14.30; nos movía a dejar el escalamiento para el día siguiente; pero el solo recordar que el tiempo bueno en la montaña jamás debe desaprovecharse nos decidió a realizar el intento. Elegimos el filo noroeste para trepar. La cima no estaba a más de 450 metros, pero la pendiente y las grandes rocas desnudas nos exigieron un gran esfuerzo. Descansábamos cada diez minutos y cada vez que lo hacíamos en nuestros ojos estaba pintada la misma interrogación: ¿Cuándo llegamos? Dos profundos tajos, uno del sudoeste y otro del noroeste parecían unirse a veinte metros de nosotros. De ser así cortarían el contrafuerte por donde subimos estableciendo una riesgosa valla. Pero la suerte estuvo de nuestro lado, una

amplia cornisa nos permitió seguir avanzando hasta alcanzar el borde que separa ambas vertientes. No bien llegamos allí se abrió ante nuestros ojos el espectáculo grandioso de la inmensa llanura chaqueña, casi despejada de nubes, solamente las más cercanas estaban recorriendo las negruzcas escarpas de las formaciones del este.

La cumbre se mostraba defendida por una verdadera muralla, por un cinturón de rocas casi verticales; solamente en la parte norte encontramos un resbaladero de 60 grados que se prolongaba por varias decenas de metros. Inmediatamente nos pegamos a la pared buscando las partes más accesibles. Mis zapatillas de goma agarraban perfectamente en la roca, pero no así las alpargatas de García, que había resbalado varias veces. Una saliente nos obligó a doblar a la izquierda y pasar por una especie de panza que daba al este. No era difícil de trasponer, teníamos una roca áspera, de fácil adhesión; pero mirar desde allí un abismo erizado de rocas nos ponía los pelos de punta. Y no era para menos, téngase en cuenta que no estábamos acostumbrados a esta clase de trabajos, éramos solamente improvisados andinistas. García, impresionado, abandonó el escalamiento mientras Salom y el que escribe alcanzábamos la cumbre a las 18.15 del día 16 de octubre.

¿Qué se veía desde la cima? Imposible describir. Estábamos rodeados de precipicios. Al oeste, sobre la alfombra de los valles se destacaban como finísimos hilos el curso de los ríos y las manchas rojas y azuladas de los cerros de la región. Las cumbres del Manzano atraviesan el firmamento con una línea celeste y, tras ellas reverberan al sol las cumbres nevadas de los gigantes cordilleranos. Al sud-este distinguimos el pueblo de Metán, lo que nos causa una gran alegría por estar tan relacionado con el cerro que acabamos de vencer. El Crestón es como el símbolo de los metanenses y ellos no dejaron de intentarlo. “Cuéntase que los expedicionarios fueron despedidos por el pueblo y autoridades al son de las marchas ejecutadas por la banda local. Pero días después regresaron sin haber logrado el objetivo”.

Apremiados por la hora, grabamos nuestras iniciales en el mango de la piqueta, la depositamos en la pequeña base de la cumbre y comenzamos a descender. Abajo García nos abrazó emocionado, pero en su cara pudimos notar la inquietud que lo devoraba. “Otra vez será” balbuceaba. No creo que volvamos le respondí. “Llegar hasta aquí para no cumplir lo que tanto habíamos soñado”, le dice Salom, te pesará toda la vida. García nos miró un instante, maquinalmente me quitó las zapatillas, se las puso y comenzó a trepar sin cuidarse del peligro. El también llegó a la cumbre y regresó con los músculos todavía en tensión nos abrazamos emocionados, ahora la monta-

ña estaba vencida.

No encontramos la laguna de que tanto se había hablado, ni podía haberla dada la conformación del cerro. Los últimos 200 metros están formados por la acumulación de rocas gigantescas, trabadas y consolidadas de tal forma que parecen constituir una sola unidad. Sus juntas se han rellenado con el producto de la erosión; inclusive en sus uniones crecen cactus enanos y pastos de altura. Arriba no hay partes planas, las crestas terminales son enormes rocas en cuyos extremos se forman peligrosas plataformas de no más de cuatro metros cuadrados.

Nosotros podíamos habernos quedado a dormir en el filo que separa ambas vertientes y evitar los peligros de un descenso nocturno; pero nos era forzoso partir, teníamos que alcanzar a toda costa Agua Verde para beber un poco de agua, sí para beber, la sed que sentíamos era desesperante. Y decidimos aventurarnos. Comenzamos a descender en medio de la noche, sin poder evitar las caídas y los golpes, llevados únicamente por ese instinto, casi animal, que se adquiere a través de muchos meses de transitar en la montaña. Pero debíamos llegar, teníamos que encontrar la escondida vertiente, y la encontramos. Habrá sido producto de la casualidad, de nuestro tesón o de cualquier otra cosa; pero a las 23.15 horas poníamos fin a una de las etapas más duras de la epopeya del Crestón.

El farol, inutilizado, lo colgamos de una ramita, Salom fue por agua y García en busca de leña. Tomamos abundante café, comimos una sopa de arroz con charqui, armamos la carpa y nos entregamos en brazos del sueño.

El martes 17 amaneció nublado. Al oeste se paseaban algunas nubecillas blancas que ofrecían un soberbio contraste con el verde oscuro del valle. Por el norte avanzaban nubes bajas. Colocamos nuestras mochilas a la espalda y en fila india comenzamos a descender a través de los altos pastizales.

Antes de mediodía arribamos al "Puesto"; nos dimos un descanso de una hora y reiniciamos la marcha. Ya entrada la noche alcanzamos el campamento base de "La Bodega". ¡Qué sorpresa! Ese día había llegado el camión que transporta las mercaderías para la finca, de manera que a la mañana siguiente, después de agradecer las atenciones que nos brindó el señor Bridoux, nos pusimos en marcha hacia la ciudad.

Todavía recuerdo como si fuera ayer, mientras más nos alejábamos del Crestón nos parecía más alto, más imponente. La distancia había pintado de azul sus tres picos que se levantaban soberbios en la soledad infinita del espacio.

LA MONTAÑA ESTABA VENCIDA

Los diarios se ocuparon brevemente de nuestra hazaña. En la cumbre del Crestón no existía la laguna de que tanto se había hablado, ni tampoco un antigal del tiempo de los incas. Los comentarios, pronto se fueron acallando y finalmente todo quedó en la nada. Así terminó el primer capítulo de una expedición que tantos desvelos había costado, que tanto fuego había puesto en nosotros a lo largo de ocho meses.

El tiempo siguió su marcha acostumbrada, pero en nosotros comenzó a crecer la idea de una nueva aventura. Distraídamente comenzamos a recorrer la provincia, en los mapas, tratando de descubrir los lugares que podrían interesarnos.

El escenario provinciano nos ofrecía todo lo que necesitábamos, sus bellezas sin igual y el capricho de sus paisajes en una naturaleza privilegiada: Las tierras calientes del este cubiertas de bosques y de montes, donde se ocultan los grandes representantes de la fauna: monos, osos, tigres, leones, tapires, serpientes, gatos monteses, el yacaré y una cantidad de animales menores. Las sierras sub-andinas del norte, enmarañadas de vegetación selvática, donde al lado de los grandes ejemplares viven tucanes, loros, papagayos, gallinetas, garzas, pavos reales y demás aves de colorido plumaje.

Los valles intermontanos de la precordillera. Los valles Calchaquíes, mundialmente famosos por la benignidad de su clima y por el sabor de sus vinos provenientes de sepas antiguas.

Los desiertos puneños, salpicados de inmensos salares y arenales donde el temible “viento blanco” adquiere velocidades extraordinarias.

También las tierras fuertes del centro, preñadas de ricos frutos: el ananás, la chirimoya, la caña de azúcar, la palta, el mango y los bananos.

No faltaba nada en este cuadro de la naturaleza salteña. Un grupo de moles altísimas se erguían en la Cordillera, colosos como el nevado de Cachi (6.700 metros); el nevado de Acay 6.000; el volcán Socompa 6.080; el Lullaillaco 6.723; el Castillo, el Negro y una veintena de cumbres más estaban esperando la llegada de quienes quisieran visitarlas.